

MOCEDADES

Algunos extravíos etimológicos de la niñez

David Noria

Universidad Sorbona

En el museo del Louvre di, sin esperarlo, con *El Patizambo* de José de Ribera, pintado en 1642. La deformación física de este niño ha hecho de él un mendigo, posando muy chulo con su bastón a cuestas. Esa sonrisa terrible —explica la museografía contemporánea— traiciona una especie de afasia. No sólo es cojo, sino que tampoco puede hablar bien. Por eso lleva en la mano izquierda su cartelito en latín: “*DAMIHI ELIMOSINAM PROPTER AMOREM DEI*” (Dadme limosna por amor de Dios). Otra característica del niño es su motilado¹: casi al ras, literalmente trasquilado. Me pregunto cuántos patizambos no he visto en las calles de México.

En esta obra maestra del Españolito encontramos concentradas algunas ideas fundamentales asociadas a la niñez, al menos desde el punto de vista de la etimología. ‘Infante’, es bien sabido, quiere decir “el que no habla”. De ahí que haya terminado por designar a los soldados jóvenes de rango inferior, pues no están ellos para ordenar. ‘Infante’ comparte etimología con ‘chulo’, que viene del italiano *ciullo*, aféresis o supresión de *fanciullo* (imagínese un hipotético *in-fan-chulo*). Los italianos recuerdan que en sus lecciones de latín traducían *puella* (muchacha) por *fanciulla*, término que sin embargo conservó en italiano, a diferencia del español, un aura castísimas y noble. La definición de “chulo” no tiene pérdida: “Individuo del pueblo bajo que se distingue por cierta afectación y guapeza en el traje y en la manera de producirse. Antigua voz jergal, que en la germanía del

¹ Motilado es un adjetivo usado para describir un corte de pelo.

Siglo de Oro significaba muchacho”.² ‘Muchacho’, a su vez, equivale a ‘mochado’, por la costumbre de rapar a los niños. En portugués, de hecho, se les llama ‘rapaces’, ya casi equivalente de ‘pícaro’ por asociación; y qué decir del ‘pelao’ y ‘pelaito’. ‘Muchacho’, entonces, está emparentado etimológicamente con ‘mozo’, relacionados a su vez con ‘mochar’ y ‘motilar’, como ‘motilar’ no es sino una variante de ‘mutilar’. Por supuesto, la ‘mocedad’ (o como si dijéramos, la mochedad) es la época por excelencia de la picaresca. Ya decía el severo Covarrubias en su definición de por allá de 1611: “Algunas vezes la condición de la misma edad que con la poca esperiencia y mucha confiança, suelen hazer algunas cosas fuera de razón, a esto llamamos mocedades” (*sic*). Y luego ofrece algunos refranes: “Amor de niño, agua en cesto”, “El niño de la rolloña, que tenía siete años y marmava” (*sic*), y luego explica: “Ay algunos muchachos tan regalones que con ser grandes no saben desasirse del regaço de sus madres; salen estos grandes tontos o grandes vellacos viciosos” (*sic*).

Todo ello me remitió, naturalmente, a nuestro *Periquillo Sarmiento* de principios del siglo XIX. Allí encontramos desarrollados todos estos lugares comunes sobre la niñez en un relato que transcurre en México, “capital de la América Septentrional, en la Nueva España”, como dice su protagonista con un poco de orgullo y mucho de ironía. “Os suplico encarecidamente que no os escandalicéis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo y con bastante confusión; pues mi deseo es instruíros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y a cuyo mismo peligro quedáis expuestos”, les advierte Pedro Sarmiento a sus hijos, destinatarios del libro, desde la postración de su cama de viejo. Y más adelante encontramos la misma palabra con que Covarrubias definía a los niños malcriados y mimados: ‘regalones’. “Luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de criarme demasiado regalón y delicado, pero siempre sin dirección ni destino”.

El pecho que le quitaron a nuestro Pedro, sin embargo, no era el de su madre, sino el de una “nodriza, o chichigua, como acá decimos”. No olvidemos la importancia de las nanas en la sociedad mestiza que es México. El

² Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua española*, Madrid, Editorial Gredos, 1987, p. 199.

Periquillo, a pesar de cierto tono censorio que llega a exasperar, da cuenta de la costumbre de dejar a los hijos “en los brazos alquilados de cualquier india, negra o blanca”. ‘Chichigua’ es voz náhuatl que viene del verbo ‘*chichi*’, mamar. Y así, el *Diccionario de la lengua náhuatl* de Siméon publicado en París en 1885 consignaba la perífrasis “*oc chichi piltontli*” para decir “lactante, que todavía mama”. El último término, ‘*piltontli*’ viene de ‘*piltli*’, que significa alternativamente “hijo” o “señor”. La gran reverencia para nombrar a los niños en la sociedad mexicana contrasta con el menosprecio a los niños del vocabulario mexicano, español y, en general, romance e indoeuropeo. Así, “hijo mío” se decía en náhuatl ‘*nopiltzin*’, y “mi señor”, ‘*nopiltzitzin*’, con esa reduplicación para encarecer las cosas. Tanto como si dijéramos “hijito mío” para nombrar a un hombre poderoso, idea contraintuitiva para las lenguas europeas. Por su parte, ‘chamaco’ vendría del verbo ‘*chamabua*’: “Crecer, engordar, que se dice particularmente de los niños”. Y acaso de cuño colonial sería el famoso ‘escuincle’, en referencia al perro otrora venerado, rebajado luego a condición de famélico y paria en la sociedad colonial. “Chamaco horroroso” y “escuincle baboso” son ya frases hechas, peyorativas y no pocas veces dichas con agresividad y autoritarismo.

¿Quién no verá en las sugerencias que desprenden estas etimologías no pocos rasgos del carácter mexicano? Advértase que el vocabulario de la niñez asociado a los varones es peyorativo y servil (‘mocosó’, ‘caguengue’, ‘pendejo’, este último indicando al púber con sus primeros vellos, etc.) y sexualizado para las niñas (‘chamacona’, ‘chiquita’, ‘nenita’, ‘chulada’, etc.). Por supuesto, el tono y el contexto dan la carga emotiva, y lo que puede ser un desacato aquí, bien puede ser allá un gran signo de ternura. Sólo gente sectaria y simple se entrega a esa fea costumbre que es censurar el habla de los demás. Y más en esta época puritana.

También se habla de los niños como ‘morros’ y en otros dominios de la hispanidad como ‘chinos’ —acepción no recogida en el Diccionario de la RAE, pero que mis años mozos en Bogotá servirían para atestiguar—; ‘pibes’, acaso del genovés *pivetto* ‘pilluelo’; y ‘crianzas’, que es transparente, en Brasil. Antiguamente había ‘mancebos’ y ‘mancebas’, derivados de ‘mano’, porque los esclavos se llevaban de las manos. Emanciparse equivaldría a ‘soltarse de la mano’. La relación entre la idea de niñez, servidumbre y esclavitud viene de lejos, y subsiste en nuestro ‘mozo’, algo ya en desuso, y atenuado

por eufemismo en ‘joven’, aunque el mesero en cuestión peine canas. Por cierto, que ‘joven’ entró al español como cultismo latino en tiempos de Góngora, que por otro lado usaba la palabra corriente entonces:

*¡Que se nos van las Pascuas, mozas,
que se nos van las Pascuas!*

Por eso, mozuelas locas,
antes que la edad avara
el rubio cabello de oro
convierta en luciente plata,
quered cuando sois queridas,
amad cuando sois amadas,
mirad, bobas, que detrás
se pinta la ocasión calva.

Para seguir con Hispanoamérica, en Venezuela se habla de los ‘chamos’, que yo siempre he escuchado como forma muy cariñosa, incluso dirigida a treintañeros. ‘Chavo’ y ‘chaval’ son muy corrientes. En Guatemala hay voces tan variadas como ‘ishto’ e ‘ishta’, ‘patojo’ y ‘patoja’, que viene de ‘pato’ por los pies cortitos y a veces desproporcionados, ‘monifato’ y ‘monifata’, y en la frontera con El Salvador ‘cipote’ y ‘cipota’, con la idea de gordo y torpe, palabra que deriva del latín *cippus*, ‘mojón’. En Cuba se habla de ‘fiñe’ y ‘fiñería’.

Y a todo esto, ¿de dónde viene la palabra ‘niño’? Todo indica que se trata de una onomatopeya, antigua cancioncilla que las nodrizas romanas susurraban sobre la cuna para dormir a futuros centuriones y oradores: *NINNUS NINNA*. ❧